

lidad y el ensueño, hay otros que no saben hacer tal demarcación y toman sus ensueños por realidades y las realidades por ensueños.

Pascal decía: «Quién sabe si esta otra mitad de la vida, en que pensamos estar despiertos, no es sino otro sueño distinto, del cual despertamos cuando creemos dormir».

La Naturaleza es la Maestra.—El profesor Lad. Haskovec, de Praga, termina así un importante escrito acerca de la localización de la conciencia:

La naturaleza sola ha inspirado al hombre la mejor civilización. Las condiciones dadas al hombre por la naturaleza misma le han conducido inconscientemente hacia la cultura superior—cultura del bien, de la moral, de la simpatía, de la previsión y de la caridad. Siempre que el hombre se ha separado de la naturaleza, ha caído en la enfermedad y en la degeneración. La moral, reflejo de las leyes de la naturaleza, es, de las cualidades hereditarias de la materia cerebral, la mejor adecuada á la lucha por la existencia.

(*Revue Scientifique*, 15 abril 1911).

Cree en tí!—Me dices que has perdido la fe en lo invisible. O que no la has tenido nunca. O bien que tú «vives de buena sopa y no de bellas palabras». O que «toda felicidad que no se alcanza con la mano es un sueño». Que no quieres sacrificarte á un Ideal. O hacer el menor esfuerzo por lo desconocido de mañana. Y que quieres vivir ya ya, sin molestarte con perseguir quimeras.

Y me preguntas—reacción atávica—si no has resbalado de la duda que tortura al escepticismo que embota. Si no has cambiado la ortiga por la amapola. Te sientes sin energía y sin iniciativa. No hay horizonte en tu ruta. El cielo parece bajo y el aire pesado. El *fin* hace falta. ¡Y se acaba tan pronto el día!

Y yo te respondo que no has sabido deletrear. Que no sabes leer el libro de la vida. Y que no aprendes las lecciones más simples. Ve, pues, á contemplar la hierba que brota entre las

piedras de la calle. Ó el arroyo que baja de la roca escarpada. Ó el pajarillo que se ejercita en volar. Ó la araña que vuelve á comenzar su tela. Ve afuera. Y observa. Y considera. Y escucha. Y cada cosa, cada ser, te hablará de su fe en sí mismo. Su fe en la propia tarea. Su tarea presente, por insignificante y de pocas consecuencias que parezca. Su fe en el éxito del esfuerzo actual, aun cuando el esfuerzo inmediatamente anterior haya fracasado. Una fe tan poderosa y tan práctica, que ha producido el milagro de la continuidad de la existencia, á despecho de los cataclismos geológicos y de las modificaciones meteorológicas. Á despecho de las degradaciones de ese destructor sin entrañas que se llama hombre.

¡Oh! ¡Tener fe en sí mismo! Fe en lo que se emprende. En su ocupación. En la obra á la cual uno se ha unido. Presentemente. Por hoy, es decir, por el pasado, que no es sino el presente que acabas de recorrer, y por el futuro en que penetras á cada instante. Por hoy, es decir por el tiempo que te queda de vida. Por todo lo que has de ser, pues continuamente estás al emprender algo. ¿Qué importa lo Invisible y lo Indefinido y lo Ideal? ¿No eres tú la Realidad y no es la obra de tus manos la prueba de que no eres una Sombra? Cree en tí. Obrá, pues, y el resto—entusiasmo, ardor, atrevimiento, perseverancia, tenacidad, rebusca del riesgo y desprecio del peligro—y el resto te vendrá por añadidura.

(Final de *Aie foi en toi*, por E. Armand, junio de 1911).

Dios y la cocina.—Nietzsche es un símbolo del individualismo moderno. Es un hombre que se aparta y juzga. Y como hoy no es fácil hacerse oír, apela á todos los medios.

Á la antigua herejía (en griego *aire-sis*: opinión, separación) oponemos hoy la *independencia* moderna. En este sentido, Nietzsche toca al desideratum, porque es irrespetuoso, artísticamente, é irreligioso, intelectualmente: formidable, en suma.

Él nos ha enseñado que Europa es